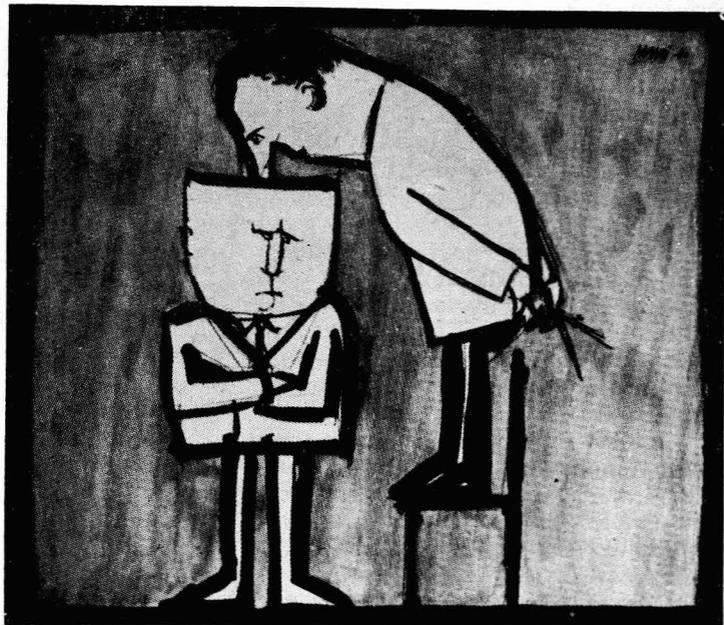


# El psicoanálisis: ¿ocio, redención o catástrofe?



*Las nueve entrevistas publicadas a continuación se realizaron a fin de conocer las opiniones de una serie de personas que han pasado por la experiencia psicoanalítica. Su elección no obedeció más que al azar, y muchas de estas entrevistas se hicieron sin anunciar el propósito de publicación, a manera de simples conversaciones privadas. Por razones obvias, se omiten todos los nombres.*

Edad: 30 años.

Sexo: Femenino.

Ocupación: Pintora.

Tiempo de tratamiento: 4 semanas y media.

—¿Qué fue lo que la llevó al psicoanalista?

—La cosa empezó en París. Iba yo caminando por la Place Vendome y alguien me confundió con Albert Einstein; pero no en lo intelectual, sino físicamente. Inmediatamente fui a ver al ginecólogo.

—¿Qué le dijo el ginecólogo?

—Que estaba yo perfectamente bien de allí, que viera un psicoanalista. Regresé a México y empecé el tratamiento, que me costaba ciento cincuenta pesos por cuarenta minutos medidos reloj en mano. Como soy judía y nuevo mucho las manos al hablar, y además tenía que hablar aprisa para desquitar los ciento cincuenta pesos, le dije al médico que en vez de acostarme en el *couch*, prefería sentarme en el filo de una silla y platicarle mis problemas. Así lo hice durante dos sesiones. A la tercera, me dijo: “¿Sabe usted por qué no se quiere acostar en el *couch*?” “Ya lo dije, porque soy judía . . . , etc.” “No es verdad”, me contestó, “lo que pasa es que usted teme subconscientemente que yo la viole.” Entonces, yo le contesté: “Bueno, doctor, es probable que yo, subconscientemente, tema que usted me viole; ¿pero qué le hace suponer a usted que yo esté conscientemente preparada para enterarme de semejante cosa?” Me contestó con evasivas, por supuesto, porque no quiso admitir que había cometido un error. Sin embargo, a partir de esa sesión, me acosté en el *couch*.

En la cuarta sesión llegué al consultorio con unas galletas que había yo comprado dos horas antes y no había terminado de comerme. Le ofrecí una al doctor. En la quinta sesión me dijo: “¿Sabe usted por qué me regaló una galleta la otra vez? Porque subconscientemente sabía que era el Día del Médico.” Yo le contesté: “Doctor, usted tiene obligación de ser cuando menos tan inteligente como yo.” Ese día perdí la fe en el psicoanálisis. El tratamiento iba a durar dos años, a dos sesiones semanales de ciento

cincuenta pesos cada una. Después de la octava sesión me compré unos zapatos italianos que me costaron trecientos noventa pesos y les corté veinte centímetros a las patas de todos los muebles de mi casa. Me sentí curada. En la novena sesión le dije al doctor que no pensaba regresar, y que lo consideraba una prostituta mental. Me cobraba ciento cincuenta pesos por ser amigo mío cuarenta minutos. “¿Por qué no se viene a tomar un café conmigo?” le dije. “Cuando se cure, cuando se cure”, me contestó. Me dijo que estaba más loca que nunca; sin embargo, me despedí y quedé a deberle

mil trecientos cincuenta pesos, de las nueve consultas. Pasó el tiempo, y yo recibía dinero y lo gastaba en otra cosa; así que durante tres meses no le pagué al médico. Una tarde, iba yo caminando por la calle de Génova, cuando lo veo venir. Crucé la calle y me escondí atrás de unos coches. Dos días más tarde tuve dinero y decidí pagarle. Le llamé por teléfono. Él me dijo: “Óigame, ¿por qué anda escondiéndose de mí atrás de unos coches?” Entonces yo le contesté: “¿Para qué estudió psicología, doctor? Porque le debo dinero, por eso me escondo.” Eso fue lo último que supe de él.



*Pregúntese esto: Si, como usted dice, es un fracasado total, ¿cómo es posible que pueda pagar mis servicios?*

Eso fue hace dos años, hoy me siento perfectamente sana. En la mañana tomo una dexedrina, al mediodía un librium y en la noche una medomina y me siento perfectamente.

Edad: 24 años.

Sexo: Femenino.

Ocupación: Modelo.

Tiempo de tratamiento: Un año y medio.

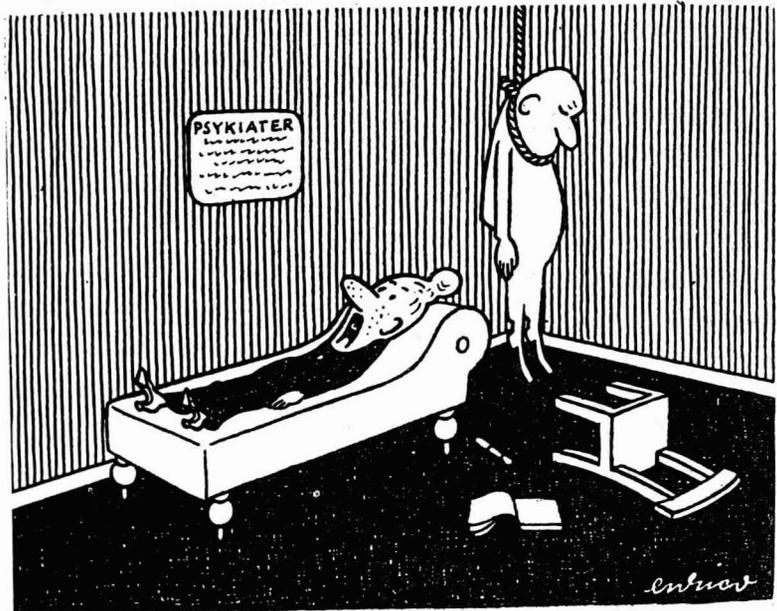
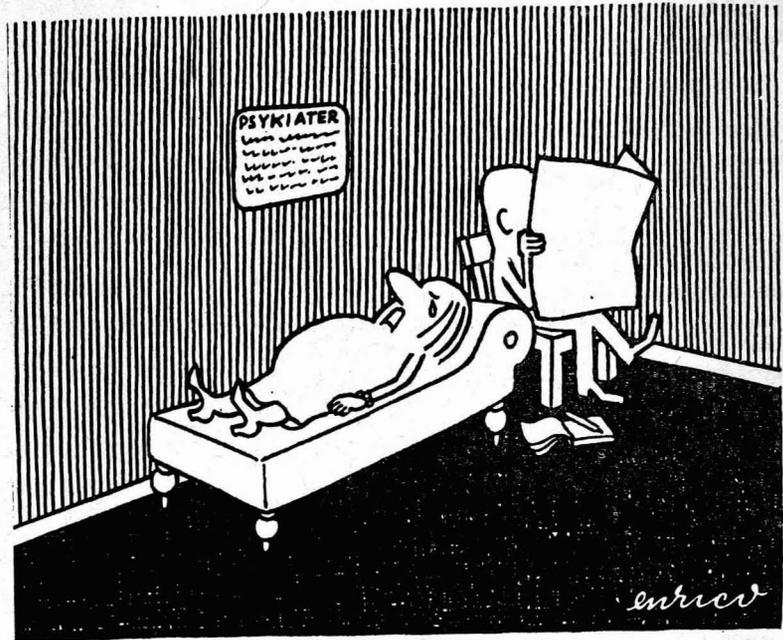
Observaciones: Abandonó el tratamiento sin ser dada de alta.

Una crisis afectiva me llevó al psicoanálisis. Me sentía en un laberinto y esperaba que el tratamiento me sacara de él. Primero fui con un analista que cobraba demasiado y, además, no tenía tiempo libre. Me sentí rechazada y más perdida que antes de ir a verlo. Sin embargo, este psicoanalista me dijo una cosa que me afectó mucho y aún recuerdo: "Hay dos tipos de locos: los locos lindos y los locos mierdas." Con los locos mierdas no se podía hacer nada; pero según él, yo era de los primeros. Recordando esto fui a ver a otro analista que él me había recomendado. Entonces empezó mi experiencia analítica.

El sentimiento de la neurosis era para mí un sentimiento ambivalente. Por un lado, me hacía sentir diferente; por otro, era angustiante porque sentía que me impedía realizar cosas. Al empezar el tratamiento, me enfrenté al recuerdo de la vida familiar. (Sensación de rechazo y de incompreensión y, como resultado de esto, de culpabilidad.) Luego, traté mi primer matrimonio. (La sensación inicial de culpa se aumentó con esta experiencia y también la de rechazo e incompreensión por parte de los demás.) Entonces, empecé a sentirme personaje hamletiano. La sensación era otra vez ambivalente: por un lado me parecía poética y por otro falsa. Había visitado catedrales y cementerios con el rostro bañado en lágrimas, en la época de mi matrimonio. Resultado: rompimiento. Al llegar a este punto de mi vida se inició una lucha entre el analista y yo. Yo lo vivía como una figura autoritaria a la que rechazaba, y no me permitía acercarme a él. El tema era: Analista: "Lo que usted teme es la soledad y que le den afecto." Yo (furiosa): "Temo tanto el que me den afecto como el que no me lo den". Trataba de hacerle ver al analista que no era tan comprensivo como creía, y además no me parecía inteligente. Me invadió una sensación de impaciencia. Estaba harta de mí misma, del analista, del análisis, de pensar en mis padres y de no poder salir de ese círculo. Había llegado a clasificar mis procesos de la siguiente manera: 1.-Autoridad; problemas con el doctor. 2.-Culpa. 3.-Rechazo. 4.-Miedo. 5.-Sentimiento de persecución ("Nadie te quiere"). 6.-Castración. 7.-Rechazo por mi parte de afecto. 8.-Negar todo lo anterior. 9.-Autocompasión. 10.-Soledad. 11.-Conciencia e impotencia.

En tanto, trabajaba, buscaba gente (con reservas) y volvía a repetir el proceso enumerado antes.

El análisis me parecía un proceso mecánico, que se aplicaba rigurosamente a todas las víctimas, sin mayor distinción. Sentía que el psicoanalista hablaba de mí como si se refiriera a una tercera persona. Me parecía muy torpe, demasiado apegado a los patrones y, por esto, frío. El psicoanálisis me aclaraba motivos;



Todo el mundo me odia

pero no me ayudaba en nada. Llevaba entonces seis meses de tratamiento.

Sin embargo, poco a poco, empecé a sentir que estaba saliéndome un poco de mí misma. Era capaz de sentir afecto, incluso por desconocidos. Pero al mismo tiempo, se inició una especie de obsesión por la muerte, como algo irreal por una parte, que a mí no me podía suceder, y por otra, sabiendo que era inevitable y se me imponía. Hablaba con el doctor de la muerte de otras gentes.

Un día le di un beso al doctor. Analizamos este acto durante cinco sesiones. Yo no le daba importancia. Él aseguraba que era signo de que me estaba abriendo y estaba cerca de lograr la transferencia. Tenía razón él.

Me empecé a preocupar por los problemas de los demás. En el análisis insistíamos en el sexo como clave para toda mi vida. Me parecía que el doctor tenía razón, pero por motivos equivocados. Transformar al sexo en el núcleo central me parecía una reducción de las cosas. Podía ser una parte; pero no todo.

Al fin, logré sentir un poco al analista como mi madre. Él me decía que tenía que ser tolerante. Yo pensaba que lo hacía con el sentido de autosacrificio que aconsejaba mi madre. Él aclaraba: "No es en ese sentido. Usted es poco tolerante porque no soporta las frustraciones y entonces acorrarla a las gentes." Lo aceptaba con una sonrisa un poco burlesca.

Finalmente, dejé el análisis porque me parecía que estaba perdiendo el tiempo. Sabía las causas de mi neurosis; pero eso no me ayudaba a solucionarla. Era mejor enfrentarla por mi cuenta y riesgo. Me parece que el psicoanálisis sirve como una especie de proceso de reeducación; pero no puede solucionar la vida de nadie. Ésta es una responsabilidad propia.

Edad: 30 años.

Sexo: Masculino.

Profesión: Empleado.

Tiempo de tratamiento: Ocho meses.

Alrededor de los 24 años, descubrí que el 99% de mis amigos y amigas se estaban psicoanalizando. Me pregunté ¿por qué yo no? Una de mis amigas, hacia la que más tarde, ya en el psicoanálisis, descubrí que tenía un sentimiento de dependencia, me arregló una cita con el analista, que trataba de curarla a ella sin éxito.

Me presenté a la cita con una vaga sensación de curiosidad y un cierto temor. A la salida, sabía ya que era un perfecto neurótico y desde luego necesitaba tratamiento. El analista me anunció, además, que sería largo, doloroso y de éxito muy dudoso. Me mandó a hacer una prueba de Rorschach. Mientras se sabía del resultado de ésta, asistí todavía a dos o tres sesiones de consulta. En la cuarta, el doctor, sin ninguna compasión, me tendió el resultado de la prueba. "Lea y entérese usted mismo."

Estaba escrita en inglés, así que difícilmente pude enterarme de todo; pero sí de lo suficiente para saber "que mi vida transcurría entre una especie de arenas movedizas, que estaba lleno de impulsos terriblemente agresivos, y que en cualquier momento podía caer en el

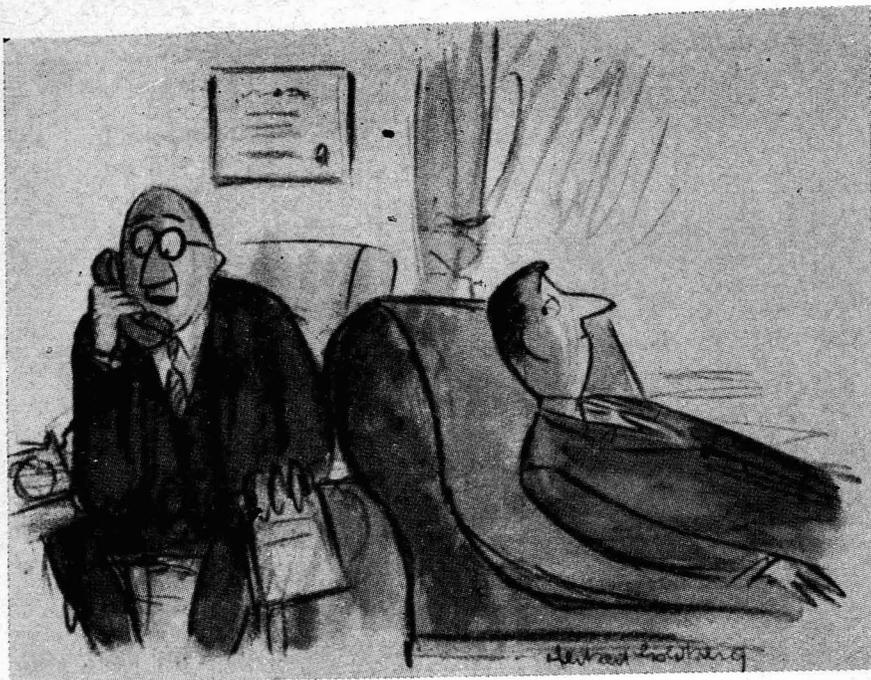


Y ¿desde cuándo siente usted esa desconfianza ante todo el mundo?

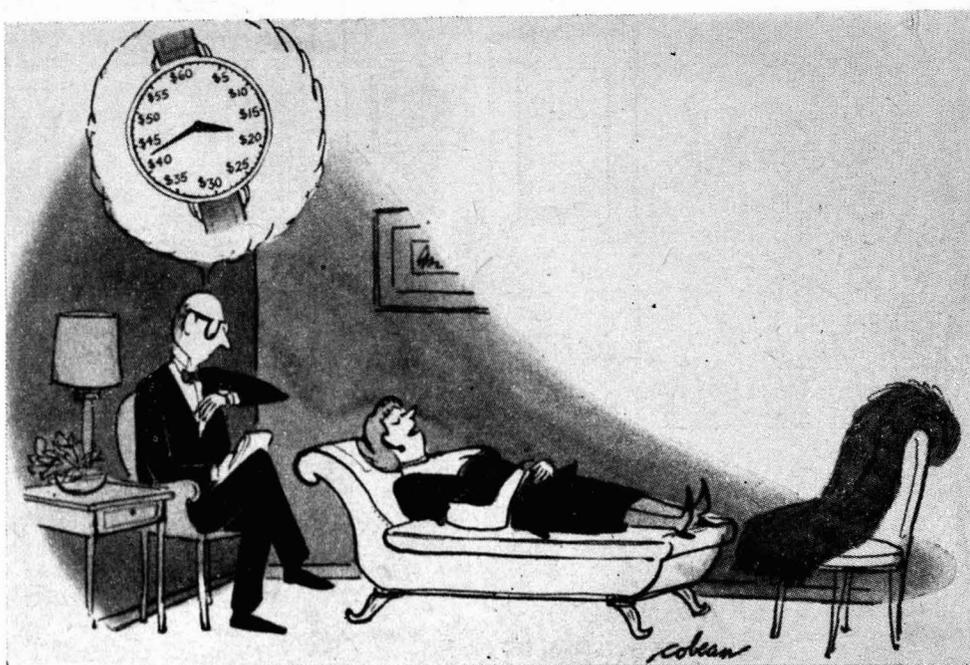


Gracias... Como le iba diciendo, yo entonces...





Sí, mamá. Desde luego, mamá. Como tú digas, mamá.



abismo total de la locura". Lo creí a pie juntillas y salí de la consulta tambaleante y terriblemente angustiado.

Además, todo seguía indicando, según el analista, que mi tratamiento sería largo, muy largo, y yo pensé en todo lo que tendría que pagarle y de dónde sacaría dinero para hacerlo.

Durante los dos o tres meses siguientes descubrí que lo que yo creía que había sido una infancia feliz era en realidad un verdadero foco de infecciones neuróticas.

Despreciaba y temía a mi padre, estaba enamorado de mi madre y quería salvarla de él, envidiaba a mis hermanos, primos y amigos.

Por esa época tuve un sueño digno de figurar entre los de más pura cepa freudiana: Estaba en una especie de prisión que se me revelaba principalmente por la altura de los muros, y por la sensación de una urgente necesidad de salir de ella. Todos los demás prisioneros habían escapado anteriormente y sólo yo permanecía ahí. Ellos habían salido volando por encima de los muros; pero a mí esto me era imposible. Entonces, descubrí, intuía o pensaba que había un túnel lleno de agua por el que, si me arriesgaba, sin embargo podría salir.

La sensación de que una mujer me acompañaba y que me ayudaría en esta tarea se me presentó también. De alguna manera llegaba hasta la entrada de ese túnel. Descubría entonces que el paso por él, además del peligro del agua, estaba cuidado por un monstruo acuático terrible, mezcla de tiburón y de dragón. Sin embargo me lanzaba al agua. Montaba en el monstruo y entonces éste, en lugar de atacarme, se encargaba de conducirme a la salida a una velocidad vertiginosa. Pero al alcanzarla, sentía que a pesar de todo no estaba liberado y protestaba ante alguien diciendo que me habían hecho trampa, y no cumplían la promesa.

Cuando le conté este sueño al analista se entusiasmó, y me recomendó que tomara terapia de grupo, además de las sesiones privadas.

Dócilmente fui a una de las sesiones de terapia de grupo. Salí indignado por la idiotez de los demás participantes, y en la siguiente sesión privada, le dije al analista que desde luego no volvería nunca. Mi argumento era que podría ser un enfermo, pero nunca un imbécil. Él me recomendó entonces que asistiera a otro grupo de pacientes más adultos. Sentí la misma sensación de indignación

y desagrado, pero permanecí en él. Al principio no hablaba una palabra, sólo juzgaba a los demás participantes. Luego, poco a poco fui participando en las discusiones, agresiones y demás actividades desagradables, y, lo que es más, empecé a interesarme por la suerte de los demás miembros del grupo.

En tanto, en las sesiones privadas seguía analizando mis relaciones con mi familia y con mi mujer. El doctor e asombraba de que yo me sintiera sin ninguna responsabilidad hacia esta última. Como resultado natural de esta actitud, mi matrimonio terminó poco después. Yo afirmaba que estaba enamorado de otra persona. El doctor lo dudaba seriamente. Durante varias sesiones analizamos mi relación con esa persona. El doctor empezó a creer que yo tenía razón.

Mis relaciones con el psicoanalista, al principio, eran de franca desconfianza, después me irritaba su supuesta pretensión de ser el único dueño de la verdad y, sin embargo, fingir que no debería revelármela, sino que yo debería descubrirla. Más adelante, empecé a verlo como una especie de amigo en el que se podía confiar; pero me irritaba la dependencia hacia él que veía en algunos de los miembros de la terapia de grupo. Por fin, después de analizar este sentimiento también, lo vi como una especie de amigo cordial con el que siempre podía discutir en un plano razonable, que podía equivocarse como yo, pero sabía admitir mejor que yo esas equivocaciones. Al finalizar el análisis, lo experimentaba como un amigo al que le debía un favor importante.

En la terapia de grupo mis relaciones con los demás participantes empezaron a tener un carácter francamente amistoso. Sentía inclusive que me hubiera gustado ayudarlos a salir del lío, ahora que yo me sentía un poco fuera de él. Con mi familia mis relaciones comenzaron a tener una índole parecida.

Después de varias sesiones francamente aburridas para mí y para el doctor, durante las cuales yo no tenía nada que decir y él nada que comentar, me sugirió que dejara las sesiones privadas por un tiempo y sólo asistiera a las de grupo. Seguí esta sugestión. Al cabo de un mes, aproximadamente, volví a entrevistarme con él en una sesión privada. Decidimos que estaba lo suficientemente sano para abandonar el tratamiento... ¿Sano para qué?

Creo que el psicoanálisis es indudablemente aconsejable y beneficioso, pero que la única manera de servirse realmente de él es no tomarlo como un lapsus durante el cual se abandona todo para vivir sólo en él, sino seguir en la batalla, además.

Edad: 48 años.

Sexo: Masculino.

Profesión: Maestro.

Tiempo de tratamiento: Un mes.

Decidí tratarme con un famoso médico vienés, que estuvo en México durante una temporada. Ofreció curar mi neurosis de angustia en el término de un mes. Trabajábamos todos los días, inclusive los domingos.

A la primera semana, empecé a tener recuerdos de mi época de lactante. El seno materno y esas cosas. Pero el médico no estaba satisfecho. Poco después, me exigí que recordara experiencias de

mi vida intrauterina. Sufrí lo indecible y no logré que mi memoria respondiera.

Después de cada sesión me iba yo a una cantina a tomar cerveza. Al cabo del mes, el médico me dio un papel en el que se certificaba que había concluido el psicoanálisis.

Me sentí peor que nunca. Pensé en retirarme a un convento. No creo en el psicoanálisis.

Edad: 27 años.

Sexo: Masculino.

Profesión: Arquitecto.

Tiempo de tratamiento: Dos años.

Fui a analizarme por sugerencia de un amigo. Continuamente me sentía deprimido, inseguro, culpable, aunque las cir-

cunstancias de mi vida no fueran siempre dolorosas. Mi primera entrevista fue menos difícil de lo que imaginaba. Me habían asegurado que los analistas saben, desde el primer momento, lo que tiene uno y pueden clasificar perfectamente al sujeto que acaban de conocer. Sin embargo, el doctor se portó muy cordialmente y se interesó por mi profesión. Después pensé que era un gasto inútil pagarle a un señor para que escuchara las mismas cosas que los amigos oyen gratuitamente.

Pero como no tengo dificultades económicas y quiero librarme pronto de todos mis problemas, acepté verlo cuatro veces a la semana. La segunda ocasión, el analista me recibió casi con hosquedad y permaneció callado durante cin-

cuenta minutos. Me angustiaba tratando de adivinar lo que él estaría pensando de mí; quise, al mismo tiempo, hacerme a la idea de que él era un médico o un confesor que me veía desde un punto comprensivo y humano. Además, diariamente él debería de escuchar cosas bastante más turbias de las que yo pudiera contarle.

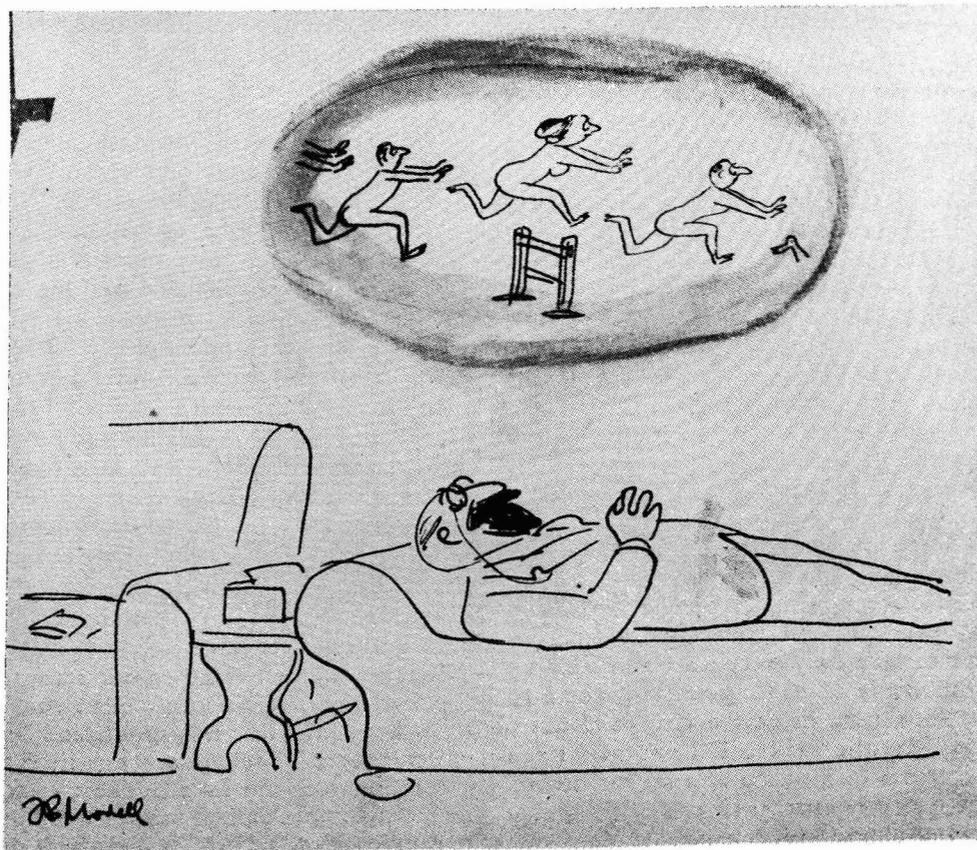
Como a las tres semanas —después de hablarle de mi infancia, mi adolescencia y mi situación actual, como arquitecto en la compañía constructora de mi padre— confesé temerosamente mis problemas sexuales. Le dije que nunca había podido tener una relación —en el sentido amplio de la palabra— normal con ninguna mujer: desde los trece años busqué muchachas de carácter muy débil que se dejaran manejar e incluso golpear, en caso de que hicieran algo que a mi juicio resultara indignante (como defender a sus padres, por ejemplo). Esta tendencia se mantuvo en los años siguientes y por regla general las mujeres han terminado engañándome. Quizá por eso le he tomado horror al matrimonio, pero al menos —le dije al analista— me queda la tranquilidad de que nada de aquello que he obtenido de una mujer lo fue con engaños o promesas de boda.

Quando empecé a tratar el tema durante las sesiones, me cuidé de no andar con ninguna mujer, de modo que el analista no tuviera oportunidad de referirse a casos concretos y también por un cierto pudor de perjudicar a alguien que él, algún día, pudiese conocer. No podría precisar de qué manera tan sutil y tan inteligente me condujo el analista al examen de la situación frente a mi madre: una mujer dominante y severa que, a pesar de que yo fui el primer hijo, se opuso siempre a que mi padre —ya por entonces profesional de fama y hombre tan competente en su trabajo como débil y temeroso ante su mujer— tuviera para mí la menor contemplación, la más pequeña muestra de afecto. Nació mi hermano cuando yo no había cumplido los siete años. Una noche mi madre me sorprendió junto a la cuna tratando de asfixiar al recién nacido. Furiosa, me golpeó con un cinturón de mi padre hasta hacerme sangrar y a empujones me arrojó al patio de la casa. Después cerró la puerta con llave. Cerca de medianoche llegó mi padre y me encontró llorando, casi muerto de frío. En seguida, mi madre lo convenció de que yo era un criminal y los dos volvieron a regañarme y amenazarme.

Podría contar muchas anécdotas semejantes. Todas ellas, aun las más olvidadas, fueron surgiendo a lo largo de las sesiones. Hoy comprendo que todavía me queda un largo trecho por avanzar en el conocimiento de mí mismo; pero ya he visto claro el porqué de las cosas que antes no sabía explicarme. Mi conducta ha mejorado mucho en los dos últimos años y a principio de 1963 voy a casarme. Creo que el psicoanálisis es una gran ayuda, una solución incomparable para hacer frente a los sufrimientos de la vida. Lo único que lamento es que mi madre todavía no me perdone el que le haya dicho que ella era la culpable de mi desorden y que al golpear a otras mujeres simbólicamente me venhizo padecer durante mi infancia. A mi madre, el psicoanálisis le parece una co-gaba de todas las humillaciones que me



Calma, Edipo. Es tan vieja que podría ser tu madre



bardía y una falta muy grande de confianza y fe en Dios. "Cada hombre —sentenció antes de retirarme la palabra— debe ofrecer a Nuestro Señor las penas que Su Infinita Misericordia le envíe."

Edad: 39 años

Sexo: Masculino

Profesión: Pintor y escultor

Tiempo de tratamiento: Cinco meses.

Durante veinte semanas —algunos años antes de abandonar Suramérica a fin de radicar en México— perdí mi tiempo revelando mis excrementos a un charlatán que luego, seguramente, los comentaba con sus amigos para burlarse de mí. ¿Para qué diablos quieren que hable del psicoanálisis? No me importa lo que opinen los fanáticos y los borregos: si yo tuviera poder, quemaría en una hoguera a todos los psicoanalistas junto con sus risibles y mesiánicas teorías. El psicoanálisis es una fase de la conspiración de la judería mundial para adueñarse del poder en todo el universo. Es obra de resentidos y de fracasados: de artistas y de médicos que no han tenido éxito en su profesión. Como pintor, como hombre expresivo, condeno a todo aquel que pretenda explicar por medios pseudocientíficos las artes de la representación, las artes plásticas, que son por esencia inefables y representan la más alta actividad del hombre. Como ciudadano del mundo libre, también condeno el psicoanálisis como elemento disolvente al servicio de una causa innoce. Acábase con el comunismo, mátese a mequetrefes como Kruschew y Castro y el mundo occidental —que ha sabido embellecer la vida y perpetuarla— no tendrá ya problemas de ninguna especie.

Edad: 62 años

Sexo: Femenino

Profesión: Maestra jubilada

Tiempo de tratamiento: Quince meses.

Después de analizarme —y muy a pesar de los sofismas con que el médico trató de refutar lo que decía— sólo me he afirmado en las ideas que siempre tuve sobre el psicoanálisis, y que fueron compartidas por mi esposo hasta unos días antes de su muerte: El mal está en el hombre, no en el siglo veinte ni en la enajenación capitalista. Conozco y repaso la historia de la humanidad: cada vez me horrorizo más de pertenecer a esta especie infeliz y malvada. ¿Para qué va a "adaptarme" el psicoanálisis? ¿Para ser un engranaje más del mundo que ha producido Auschwitz y Nagasaki y que el día de mañana —si un gran cambio no ocurre— se destruirá a sí mismo? No, el mal está en mí y en mis hijos y en usted y en los suyos. Nada sino la muerte puede desarraigarlo de nosotros. El psicoanálisis nos ayudará a conocerlo, a introducirlo dentro de la probeta de examen; pero no puede vencer algo que nació con el hombre y sólo acabará cuando otros seres pueblen esta tierra.

Edad: 35 años.

Sexo: Masculino.

Profesión: Abogado.

Tiempo de tratamiento: Un año.

Fui al psicoanalista porque ya casi toda mi familia había ido con él. Mi es-

posa me aconsejaba que fuera, pero mi madre me aseguraba que los psicoanalistas no servían para nada. Al final me decidí a consultarlo; y elegí a ese médico porque es el único psicoanalista que hay en la ciudad en donde vivo.

Yo me sentía muy nervioso; tenía grandes dificultades monetarias, y salía perdiendo en todos mis negocios, porque no era capaz de concentrarme en lo que estaba haciendo; mi esposa gastaba mucho dinero, y yo, aunque en realidad no soy pobre, sentía que me estaba quedando en la miseria. Una de las cosas que más me molestaban del analista era que me cobraba muy caro. Además, asistiera o no a la consulta, de todas maneras me cobraba como si hubiera ido. Esto me daba mucho enojo, pero el doctor me aseguraba que me cobraba para enseñarme a ser responsable. Él todos los días me



*Bueno, sí, soy un delincuente infantil, estoy en guerra con la sociedad. ¿Qué esperaban ustedes?*

aseguraba (porque lo veía diariamente) que yo era un irresponsable. Y en todo un año nunca me dio vacaciones; sólo no lo veía en domingos y días de fiesta.

Yo soy el mayor de mi familia, y de chico me consintieron mucho, y siempre me estaba peleando con mis hermanos menores. Era muy envidioso con ellos, y quería que todos los juguetes fueran para mí. El psicoanalista me hizo comprender que yo era un irresponsable, y que trataba de repetir la situación familiar, y por eso trataba de aprovecharme con todo mundo. Creo que él tenía razón.

Suspendí el análisis, porque después de un año me sentía tan desesperado, nervioso, angustiado, preocupado como al principio del tratamiento. Además, me costaba muy caro, era como tirar mi dinero a la calle. Me gustaría ir con otro médico, pero en donde vivo es el único analista que existe. Tal vez algún día regrese a verlo; pero aún no me decido. Sé que con otros pacientes sí ha tenido éxito, aunque no conmigo.

Edad: 24 años.

Sexo: Femenino.

Profesión: Secretaria.

Tiempo de tratamiento: Nueve meses.

La primera vez que recurrí a un psiquiatra, se me fue en llorar, y no le pude decir nada; él me recetó un calmante. Al día siguiente me sentí mejor, pero me fue imposible explicarle cuál era mi problema. Lo cierto es que yo me emborrachaba y me ponía histérica, y lloraba con la mayor facilidad del mundo; cuando manejaba un auto, me daba por correr a grandes velocidades. El analista me envió a hacerme una prueba de Rorschach. A mí me parecía que las manchas tenían un sentido oculto, que mis respuestas no eran atinadas, y que el médico que me hacía las pruebas se estaba riendo de mí.

Regresé con el resultado de las pruebas de Rorschach, y el psiquiatra no me dio ninguna explicación. Después de ir un mes con él, sentí que no me comprendía, y busqué a otro psicoanalista. El nuevo doctor era más simpático y amable, y me oía con mucha paciencia, pero yo me confundía con sus explicaciones, y me era muy difícil darle a entender lo que pasaba dentro de mí.

En esa época empecé a soñar todas las noches. Yo le contaba mis sueños al psiquiatra y él les encontraba explicación. Me decía muchas cosas, pero se me confundía todo en la cabeza; yo no aceptaba fácilmente sus explicaciones, y me ponía a pensar por qué me había dicho esas cosas, y yo siempre le encontraba nuevas explicaciones a las interpretaciones que él me daba. Así aprendí a relacionar todo lo que él me decía con lo que yo pensaba; y se estableció una especie de lenguaje secreto entre nosotros.

En mi casa me llevaba bien con mi padre, pero no con mi madre; ella era casi tan neurótica como yo, o más. Pero después empecé a tener dificultades con mi padre; él me regañaba porque yo llegaba tarde por las noches; me quería tratar como una niña chiquita, y eso me hacía sentir muy mal, porque antes había sido un padre cariñoso y comprensivo.

Cuando me estaba analizando, tenía un novio. Yo sabía que ese muchacho no me convenía, y dejé de ver al psiquiatra, porque sabía que él me iba a hacer llegar a la conclusión de que mi novio no me convenía; él a su vez tenía otra novia, y yo sospechaba que, además, era casado.

El psiquiatra trataba de hacerme entender que yo tenía un problema ético, pero yo no comprendía qué me quería decir con eso; pero en realidad lo dejé de ver porque perdí mi empleo, y ya no podía pagarle; él quería curarme gratis mientras encontraba otro empleo; pero yo me negué a que me curara sin pagarle.

Después de 6 meses de tratamiento me sentí mucho mejor, sólo de vez en cuando me vuelven las crisis de nervios y temo volverme loca. Sé que debo volver con el psiquiatra, pero ignoro cuándo me atreveré a ir otra vez con él, porque aún le debo la última consulta.

No entiendo muy bien en qué consiste el psicoanálisis, pero necesito que alguien me ayude a resolver mis problemas. Yo no tengo espíritu religioso, y me niego a ir a confesarme con los sacerdotes, como lo hacen algunas amigas mías cuando tienen problemas.